



## CASTILLO REAL DE OLITE.

NOTAS DE UN VIAJE POR NAVARRA.

---

### I.

La ciudad de Olite, célebre en la historia de Navarra por haber tenido en ella asiento algunos de sus reyes, está situada á la márgen derecha del Zidácos y en una dilatada llanura que riegan y fecundan las aguas de este rio. Tal vez para mal de sus intereses materiales, pero indudablemente para bien del artista que busca en los pueblos de la vieja España rastros de otros siglos y otras costumbres, la moderna civilizacion no ha llevado aun la manía de las demoliciones y las restauraciones á Olite, de modo que todavía pueden admirarse algunos notables vestigios de su esplendor pasado.

La ciudad debe su origen á la época goda en que Suintilla la fundó con el nombre de *Ologito*; pero de estos remotos tiempos apenas se conserva mas que la memoria del sitio que ocuparon algunos muros, pues los restos que aun se señalan como primitivos no lo parecen. La invasion árabe la redujo á ruinas, y despues de reconquistada comenzó á repoblarse á principios del siglo XII, creciendo poco á poco en importancia, hasta llegar á ser asiento de los reyes navarros y ver celebrar córtés importantes en su recinto.

La ciudad de Olite, aunque pequeña, anuncia desde su entrada la importancia de que gozó en un tiempo, y permite que se note á primera vista el carácter religioso y guerrero que campea en sus monumentos mas célebres. Cuando llegamos á la poblacion la noche había cerrado por completo y las grandes masas verticales de sus bastiones, que se destacaban oscuros sobre cielo estrellado y de un azul intenso, parecían los jigantes guardianes de la antigua é imponente puerta ojival que dá, paso á su recinto. A la luz de un pequeño faro-

lillo, que colgaba delante de un retablo empotrado en el grueso del muro, pudimos distinguir algunas figuras típicas de jornaleros del país que volvían á sus hogares con los instrumentos de la labranza al hombro y que al entrar saludaban devotamente á la imagen.

Una calle corta, oscura, y formada por casas desiguales y caprichosas, entre las que descollaban algunas cuya masa imponente y denegrida acusaba su antigüedad, nos condujo á una gran plaza donde, según las indicaciones que traíamos, se debía encontrar nuestro alojamiento. La posada, parador ó meson donde al fin nos instalamos, á juzgar por la rápida y escudriñadora mirada que dirigimos á nuestro alrededor al traspasar sus umbrales, era una copia fiel de los históricos mesones que ya habíamos tenido lugar de examinar en Castilla; y para cuya descripción puede aun aprovecharse algún párrafo de Cervantes; con tal escrupulosidad se conserva en algunos puntos de España la tradición de estos establecimientos públicos. No obstante, y en honor de la verdad, debemos decir que la cama y la cena sobrepujaron en bondad á la, triste idea que de antemano nos habíamos formado de ellas juzgando por el exterior del alojamiento.

## II.

Al día siguiente, nuestro primer cuidado fué visitar el *Castillo Real*. La fundación de este castillo ó su completa renovación data del primer tercio del siglo XV y se debe á D. Carlos III de Navarra, llamado el Noble, el cual tuvo de ordinario en él su residencia. Hoy día es difícil determinar precisamente la planta de esta obra, de la que solo quedan en pie muros aislados cubiertos de musgo y hiedra, torreones sueltos y algunos cimientos de fábrica derruida que en ciertos puntos permiten adivinar la primitiva construcción, pero que en otros desaparecen sin dejar huella ostensible entre los escombros y las altas yerbas que crecen á grande altura en sus cegados fosos y en sus extensos y abandonados patios. Sin embargo, la vista de aquellos gigantes y grandiosos restos impresiona profundamente, y por poca imaginación que se tenga, no puede menos de ofrecerse á la memoria al contemplarlos la imagen de la caballeresca época en que se levantaron.

Una vez la fantasía elevada á esta altura, fácilmente se reconstruyen los derruidos torreones, se levantan como por encanto los muros, cruje el puente levadizo bajo el herrado casco de los corceles de la régia cabalgata, las almenas se coronan de ballesteros, en los

silenciosos patios se vuelve á oír la alegre algarabía de los licenciados pajes, de los rudos hombres de armas y de la gente menuda del castillo que se adiestran en volar á los azores, atraillan los perros ó enfrenan los caballos. Cuando el sol brilla y perfila de oro las almenas, aun parece que se vén tremolar los estandartes y lanzar chispas de fuego los acerados almetes; cuando el crepúsculo baña las ruinas en un tinte violado y misterioso, aun parece que la brisa de la tarde murmura una cancion gimiendo entre los ángulos de la *torre de los trovadores* y en alguna gótica ventana, en cuyo alfeizar se halanca al soplo del aire la campanilla azul de una enredadera silvestre, se cree ver asomarse una forma blanca y ligera. Acaso es un giron de la niebla que se desgarran en los dentellados muros del castillo, tal vez un último rayo de luz que se desliza fugitivo sobre los calcinados sillares; ¿pero quién nos impide soñar que es una mujer enamorada que aun vuelve á oír el eco de un cantar grato á su oído?

Para el soñador, para el poeta, suponen poco los estragos del tiempo; lo que está caído lo levanta, lo que no vé lo adivina, lo que ha muerto lo saca del sepulcro y le manda que ande, como Cristo á Lázaro.

Para el arqueólogo no se conservan en el castillo de Olite más que un determinado número de torreones, cuadrados los unos y cilíndricos los otros, que refuerzan exterior é interiormente el doble lienzo de muralla que aun se tiene de pié, y algunas construcciones aisladas, enriquecidas de lujosos ornamentos y que recuerdan al destacarse sobre el cielo el airoso perfil de los minaretes moriscos.

Un lienzo de dobles arcos ojivales, sostenido por los estribos de un vano de medio punto que parece haber formado parte de una galería interior del palacio, se ostenta aun con toda su elegante esbeltez hácia la parte de la torre llamada del Homenaje; varios escudos esculpidos en barroquena, algunos ricos fragmentos mutilados y esparcidos por el suelo, y restos de atauricado mudejar, pertenecientes sin duda á la ornamentacion de las estancias, son mudos testimonios de la grandeza de esta magnífica obra y curiosos ejemplares del estado de las artes en la época á que se debe la fundacion del castillo, que aun se conservaría en buen estado si durante la última guerra civil un célebre general no le hubiese entregado á las llamas.

### III.

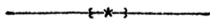
Antes de volvernos á la poblacion y despues de haber arrojado una última y dolorosa mirada sobre los imponentes restos del famo-

so castillo, nos dirigimos á Santa María la Real, iglesia que se encuentra en las inmediaciones de estas ruinas, y junto á la cual se observan aun ciertos huecos y escavaciones que recuerdan el gran proyecto de don Carlos III el Noble. Este rey, segun Mariana, «pretendía unir los dos pueblos (Olite y Tafalla) con un pórtico ó portal continuado y tirado desde el uno hasta el otro.»

Es creencia vulgar en el pais que este camino ha existido; pero lo cierto del caso parece ser que el Rey navarro murió sin llevar á término su empresa.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

### **Gorbeyako artzain baten kanta.**



Kantau begiez gloriak nai badabez gerrariak  
Baña obeto kantau ginaikez artzain ta nekazariak,  
Gure biarrak ez diralako sekula negargarriak.

Gerrari otpetsuenak eziran danak zuzenak,  
Guren artian guztiz ugari gaiztuak eta okerrak,  
Zeintzuen lanak ez diran asko ondria datorkuenak.

Esango dot nik zer ziran nausi asko gudagintzan,  
Zenbat baserri, uri, erritan, jazarrarik izan bazan,  
An bizi ziran gisajoetan negar luzia jarri zan.

Norberenaz urten zedin, jazarran biar zan egiñ,  
Baña soldadu errabagiak artzen ebela askok miñ,  
Buruzariak igote arren: ¿zeinbat alditan milla ill?

Agaitik dinot nazala zorioneko ni bada,  
Nazalako gaur chabolachuan bizi gachik egin бага,  
Biotz zabalaz lo egin eta esniaz talua jan da.

Kantetan beti bakia, geitu dedin artaldia,  
Artu dagian nekazariak naiko arto ta gara,  
Mundu guztiak izan dagian ugari bizigarria.